

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AGOSTO. NÚM. 27 GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 187

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de velete y cinco centimes de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Rubini, por D. la A.—Un consejo á mi hermana Lola, poesía por Maria del Pilar Contreras y Alba.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Soneto, por P. Fernandez Abril.—Isabel por M. C.—Variedades.—Seccion doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

RUBINI.

Una noche, algunas semanas antes del incendio de la sala Favart, Tamburini, Rubini, Lablache, Ferlini, el desdichado Severini, el señor Perciani, esposo de la interesante y Tachinardi (cuyos brillantes triunfos impidieron tanto y tan repetidas veces á la Grissi, que durmiese pacíficamente) se entretenían reunidos en amigable sociedad al rededor de la chimenea (fóyer) del teatro italiano. Hablaban con tanta mas seguridad y descuido como que solo una persona se hallaba sentada á sus inmediaciones; esta persona era un francés, y ellos hablaban el italiano. Lablache y Rubini estuvieron algun tiempo discutiendo á cerca de las particularidades acaecidas en una partida de wisth, que verosimilmente habia tenido lugar la víspera en casa del tenor, y despues vinieron á parar en hablar

de un pobre muchacho tocador de violin, que habian encontrado la noche anterior transido de frio en las gradas del teatro. El conserje lo habia recogido, y se trataba ahora de recolectar una suscripcion entre los actores para ayudar al desdichado.

—«Yo la daré de buena gana, dijo Rubini, sacando del bolsillo una pieza de oro.»—¿El wisth te ha sido ayer muy favorable? preguntó Tamburini, en tono picaresco.

--No, no, *mio caro*; pero si quieres escucharme un momento, te haré ver por que me tomo un interés tan vivo por esos musiquillos ambulantes, que carecen de pan, y no saben donde pasar la noche en el invierno.

Treinta años hace que una pobre familia recorria á pié la Italia, y no tenia otro medio de ganar su pan (¡y pan bien negro; bien negro, por cierto,) sino el de dar serenatas 'al aire libre á derecha é izquierda. Despues de concluida la serenata, un muchacho daba vueltas al rededor de los espectadores con un platillo de madera en la mano; en seguida se volvía á colocar el contrabajo sobre los lomos de un asno flaco, viejo, y tal que movia á compasion el mirarle. El padre se colgaba en forma de bandolera los violines y las violas; los mas jóvenes se encargaban del clarinete y la flauta, y el hermano limosnero, de edad de doce años, se ponía al lado una

trompa casi can grande como él: necesario era mirar una y otra vez con atencion para distinguir si la trompa era la que estaba unida á la cintura del muchacho, ó el muchacho el que estaba pegado á los corbos conductos del instrumento. A dos pasos de allí volvian á tomar los violines; daban principio á otro concierto al aire libre, volvía á circular el platillo entre los oyentes... y así se repetía mas lejos, y siempre así. Los productos del platillo eran mezquinos; no siempre se pagaban las alboradas de esta caravana musical, y aun en una ocasion les robaron el importe de un concierto... Si... se les robó!... Un saltador de caminos italiano tuvo la peregrina idea de exigir le tocasen un concierto ó quitarles la vida. Tuvo este efecto á satisfaccion del bandolero que llevó su generosidad hasta el extremo de llenar el platillo que le presentó el muchacho. Este último (no puedo menos de confesarlo) no estaba muy en sí, y merecia tanto menos este acto de munificencia, cuanto que habia hecho dar á la trompa mas de un son destemplado.

Si los trovadores pasaban alguna vez malas jornadas en su ambulante vida, tambien disfrutaban, en compensacion, otras muy buenas, y de este número fué una en que Juan Bautista, á quien sin duda han conocido ustedes, fué admitido en los coros de una malísima compañía que cantaba en el teatro Romano. La víspera de la última representacion que debia dar la compañía, desapareció la *prima donna*, dejando á sus compañeros en un compromiso fácil de figurarse. Esta criatura se habia resuelto á partir al par que un viajero comisionista francés, el cual jugó á la actriz la misma pasada que ella habia antes jugado á la compañía lírica. ¿Que hacer en este caso? ¿Que partido tomar? El padre de Juan Bautista pasó toda la noche en hacer aprender bien ó mal á su hijo la parte de la *prima donna*, y al otro dia por la mañana, Juan, vestido de mujer, cantó el papel de un modo tal que hizo furor, y tuvo el gusto de oír por la vez primera el estrepitoso ruido de los aplausos con que debia mas tarde llegar á familiarizarse.

Ved, pues, á nuestro jóven hacer de *prima donna*! obtuvo en el desempeño de esta parte tantos y tan felices resultados, que apesar de haberse anunciado se iba á dar fin á las funciones líricas, se verificaron tres representaciones sucesivas, en que estuvo lleno el teatro, y en la última, sientan sobre una mesa al actor en el vestíbulo del teatro, vestido de mujer, colocándolo entre dos flameros, y á sus piés una bandeja de estaño para recibir en ella la ofrenda de los es-

pectadores. Estas ofrendas, *mio caro*, se elevaron á quince libras de Francia.

El oficio de *prima donna* era un buen oficio para Juan; mas por desgracia le fué preciso dejarlo, por tener que ir á tocar el violin en los intermedios al lado de su padre en la orquesta de Bergamo, y cantar despues en los coros. Despues de dos meses de tan penoso ejéercicio para el muchacho, Lamberti quiso dar en Bérghamo una ópera nueva de su composicion; le faltaba un tenor para llenar un papel secundario y satisfacer á las exigencias de su partitura; el padre de Juan, como padre de la *debutante*, siempre en acecho de encontrar medios para volver á presentar á su hijo en la escena, habló de los sucesos obtenidos por éste en Romano, y obtuvo el permiso de que se pusiese á prueba la *ex-prima donna*.—*Per Bacco!* El resultado salió á pedir de boca. La cabatina de Lamberti fué muy bien cantada, y el maestro manifestó su satisfaccion al jóven artista, dándole un escudo. Gracias á esta generosidad, el tenor pudo comprarse unos zapatos nuevos.

El primer paso estaba dado, y Juan tenia con que andar, y tambien con que hacer sus caminatas.

Una gran carcajada de Tamburini acogió este juego de voces, y Rubini sin perder nada de su dignidad, añadió.

—Al dejar á Bérghamo, Juan, tuvo aun algunos dias bastante malos; mas llegaron en fin los buenos para nunca cesar. Aunque fué rechazado como corista por el empresario del gran teatro de la *Scala* de Milan, que no encontraba una cantidad de voz suficiente en este jóven, admitió la contrata que le hicieron en Palazuolo para servir la plaza de segundo tenor.... ¡Seiscientos francos! *Per Bacco!* Ya no era esto el escudo del maestro Lamberti. Con seiscientos francos se compran no solo zapatos, sino una capa tambien; suntuoso vestido que deseaba Juan con ansiedad desde su infancia, y como nada mas á deseado despues.... A esto seiscientos francos sucedieron mil, dados por el empresario del teatro de Brescia; dos mil en Venecia para cantar el Moisés.—En una palabra, el pobre diablo llegó á ser un personaje de importancia.

Fioravanti escribió para él *Adelson y Sawenil*, y otras dos óperas. Rossini suplicó al tenor de moda se encargase del papel principal en la partitura de la *Gazza*; en fin, Viena y París acabaron por disputarse á Juan, y.... He aquí la apertura comienza: están esperando á Juan para cantar la *Sonàmbula*.

—El Gran Bautista, dijo Severini, notiene ahora menos de 50.000 libras de renta.

—Sin contar que es el primer cantante de la Europa, interrumpió Lablache.

—Y que ninguno juega al wisth con mas talento que él, añadió Tamburini, haciendo una pirueta.

—«Excepto yo,» replicó Lablache.

En este momento habia entrado en la escena Rubini cantando el duo: *Prendi l' anel ti dono*: los espectadores aplaudian con trasportes tales, que parecian estar dominados de un verdadero frenesí.

D. la A.

LA HUMILDAD.

UN CONSEJO Á MI HERMANA LOLA.

*Dos purpurinas rosas
de hermosura dotadas,
lucian con orgullo
sus encantos, sus gracias,
de un jardin delicioso,
en la verde enramada;
y sobre un blando lecho,
de luciente esmeralda,
las dos, llenas de vida,
alli se destacaban.*

*Una de ellas altiva
al verse tan gallarda,
sobre flexible tallo
su cáliz levantaba,
que las brisas sonoras
jugando desplegaban,
y la frente orgullosa
alli ostentaba ufana.*

*La otra mas pudorosa,
entre las verdes ramas
del poblado follaje
su belleza ocultaba;
y su albo cáliz lleno
de exquisita fragancia,
jamás, cual la otra rosa,
sobre su tallo alzaba;
solo vió los encantos
de que estaba adornada,
en un plateado arroyo
que á su lado resbala,
y en cuyas claras linfas*

su hermosura miraba.

*Lució la bella aurora
sus tintas de oro y grana,
y derramó amorosa
sus perlas nacaradas,
sobre el árbol erguido;
sobre las flores gayas,
y á la flor primorosa,
que mostraba galana
sus vividos matices,
bañola con sus lágrimas.*

*Mas una miriposa
que en derredor volaba,
ajita con orgullo
sus relucientes alas:
de flor en flor saltando,
llegó hasta la enramada;
y al ver aquella rosa
cual ninguna gallarda,
libó el cálido néctar
de que estaba impregnada,
y otra vez por los aires
su rudo vuelo lanza;*

*La flor perdió su aroma;
y el cierzo que resaca
sus hojas peregrinas,
la dejó muerta y lacia;
y cuando el sol fulgente,
sus luces le enviaba,
la flor, antes tan bella,
iba del viento en alas,
y sus marchitas hojas,
en rededor giraban.*

*La otra rosa escondida,
como ninguna cándida,
siguió siendo tan bella,
aunque oculta y gallarda,
y ni el sol que á la otra
con su fuego abrasara,
ni las lluvias, ni el trueno,
ni el huracan, ni el aura
que de luz la teñía,
al despuntar el alba
nada le causa miedo
y sigue tan galana,
y las flores del prado
por reina la proclaman;
que en su modesto albergue
vive siempre escudada,
por la virtud mas bella
que pudiera adornarla:
es modesta, es humilde,
y ha de ser respetada.*

*Aprende, hermana mia,
de esta flor tan preciada;
imitala, y cual ella,
sé sencilla, sé cándida,
cual precioso tesoro
esta flor siempre guarda;
que es la virtud mas bella
que adornar puede un alma.*

María del Pilar Contreras y Alba.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

María de Ossorio á su hermano Fabian.

Segun te anunciaba, tomo otra vez la pluma para hacerte sabedor de cuanto pasa en torno mio, mi buen Fabian, por que comprendo tu impaciencia y tu deseo de conocer hasta el fin los sucesos tan sencillos como dolorosos que cercan mi vida, y que deciden de mi suerte.

Dos dias, sin embargo, han pasado desde que tracé en el papel tu nombre por última vez, y en ese tiempo me ha sido imposible ocuparme de mí misma, teniendo que consagrarme á los demás.

Empezaré á hablarte desde el punto en que dejé mi carta anterior, y así podrás comprenderlo todo mejor.

A la noche siguiente de llegar los condes aquí, Doña Juana decayó de un modo visible, y el doctor me significó que veía su muerte muy próxima.

Fue preciso, pues, disponerlo todo, para ese gran momento en que Dios, dejando los cielos, olvidando por decirlo así, su inmensa grandeza y su inmenso poder, viene junto á su criatura que padece, á sostener su esperanza, á confortar su espíritu que desfallece, y á mostrarse en fin como Padre y no como Señor.

La anciana aguardaba ese instante con impaciencia.

Reconciliada con el cielo, ansiosa de asegurar el perdón, veía con júbilo llegar la hora en que El que es prenda de salvacion bajase á su pecho, é inundase su alma de amor, de esperanza y de fé,

Con un lujo severo, con una pompa extraordinaria se adornó la estancia de la enferma para recibir la augusta visita.

Yo debia estar á su lado, y sus hijos tambien. Elvira vestida de blanco como la imagen de la inocencia, y sosteniendo una vela entre sus puras manos, se hallaba junto á su abuela para dar á aquel cuadro algo de consolador y celestial.

Nunca podré explicarte, Fabian, la solemnidad y la grandeza de aquel acto tan sublime como conmovedor.

Amelia vestida con un traje de terciopelo negro, y cubierta enteramente con un velo de blonda, estaba arrodillada á los pies del lecho, y lloraba en silencio, tan pálida como las blancas colgaduras que medio la ocultaban entre sus pliegues.

Horacio, melancólico y triste, se hallaba á su lado, y no sé si por cubrir las apariencias sociales ó por que aquel dolor le conmovia, fijaba en ella de vez en cuando una mirada dulce y llena de doloroso afán.

Era quizá la vez primera que veía sufrir y sollozar á Amelia; era la vez primera que la encontraba desgraciada y abatida, y tal vez en su alma, noble y generosa por instinto, se alzaba la voz del amor, modelada por el acento de la compasion, intercediendo por ella y abonando en su favor,

Quizá tambien, él, que siempre la habia encontrado desdeñosa, indiferente, fria y sin corazon; se admiraba de contemplarla bajo una faz distinta, la del sentimiento y el dolor, y se preguntaba así mismo si era aquella la verdadera muger que él habia amado tanto, y á la cual hasta ahora no habia sabido conocer.

Yo observaba todo esto, y desde lo profundo del alma murmuraba una oracion en favor de aquellos corazones separados un instante, pero á quien Dios habia unido con lazos indisolubles.

Un momento antes de que el Santo de los Santos descendiese al pecho de Doña Juana, ésta llamó á su hija, y apoyando una mano sobre su cabeza inclinada, la bendijo en nombre de Dios.

¡Ay! aquella bendicion postrera nos conmovió profundamente á todos cuantos nos encontrábamos allí.

Horacio dobló la rodilla y pareció elevar al cielo una plegaria de su alma.

Amelia, desecha en lágrimas, besó mil veces aquella mano querida, y murmuró entre angustiosos sollozos la palabra:

—¡Perdon!

Era sin duda que se arrepentia de su frialdad

pasada con aquella madre á quien iba á perder.

Yo me acerqué para levantarla, temiendo por ella, y entonces con un acento dolorido me dijo muy bajo.

—¡Dios me castiga bien terriblemente! todos los afectos que no he sabido apreciar, van á faltarme á la vez: voy á perderlo todo en un día.

—¡Oh! Dios es padre y no juez, la respondí llorando: tiene la llave de los corazones en su diestra, y de las fuentes del dolor hará brotar las de el consuelo!

Y al decir esto, la conduje sin aliento junto á Horacio, que nos miraba pensativo.

Amelia entonces se dejó caer á su lado, casi á sus pies, y tendiendo hacia él sus manos suplicantes.

—Horacio, murmuró muy bajo; tanto que solo su esposo podía oírle, Horacio, ten piedad de mí. Yo te juro por ese Dios aquí presente, por el alma de mi pobre madre, próxima á volar á los cielos, que mi corazón y mi frente están limpios de toda mancha, que las apariencias podrán condenarme, que habré sido vana, lijera, imprudente, pero jamás criminal!

¡Oh! mi alma conoce su falta, la aborrece, y sedienta de amor y consuelo se vuelve hácia tí, pidiéndote gracia!

Horacio pareció vacilar un instante. Amelia continuó:

—Soy desgraciada, sufro, y no tengo mas que á tí en el mundo, no me rechaces! no me abandones!

Y en la explosion de su dolor tomó la mano de Horacio, y él no tuvo sin duda valor de retirarla.

Todo esto habia pasado en un extremo de la estancia, y desapercibido para los demas,

La ceremonia religiosa habia seguido celebrándose, y en aquel instante el sacerdote mostraba la Sagrada Hostia, y Doña Juana repetía con fervor.

—Yo creo! yo espero!

—Por El! murmuró Amelia señalándola con afán, por El solo!

—Sí! respondió Horacio solamente. Sí!

Ella nada pudo responder, porque cayó sin sentido á sus plantas.

El conde la recogió en sus brazos y la condujo á un sillón, en un rincón de la alcoba.

Nadie reparó en aquel accidente, y el acto sagrado y grande siguió solemne y gravemente hasta llegar á su fin.

Cuando todo concluyó, cuando uno á uno se fueron alejando todos los asistentes, la niña se acercó á sus padres conmovida y llorosa.

La mano de Amelia se hallaba caída en la de

Horacio y su cabeza apoyada sobre su hombro; de este modo las lágrimas que ella vertía caían sobre el seno de aquel esposo que aceptaba el deber de consolarla y sostenerla.

Elvira al verlos de aquel modo sonrió en medio de sus lágrimas, y,

—¡Ah! exclamó dándose una palmada en la blanca frente, al veros así llorando y unidos, recuerdo lo que Dios dijo al ángel de mi cuento, al enviarle junto á las dos almas. «Únelos por el arrepentimiento y el dolor, y asidos de la mano se ayudarán mutuamente ha llevar la cruz de la vida, y así hallarán ligero su peso, y fácil la subida á las puertas de mi gloria.» Y las palabras de Dios eran una verdad, por que las decía Él, y se cumplieron en aquellas almas, por que el perdón y el arrepentimiento todo lo borran y lo purifican todo.

Horacio miró á la niña con asombro, aquellas frases que yo le habia enseñado á repetir, produjeron en su alma un efecto profundo.

Eran en verdad superiores á la edad y á la inteligencia de Elvira: la inocente criatura las habia aprendido sin comprender su trascendencia, pero su padre, al oírlas, las creyó pronunciadas por un ángel, y las acogió con respeto.

Después, comprendió acaso algo de la verdad, dirigió una mirada en torno, y al encontrarme junto á Doña Juana, sus ojos se fijaron en mí llenos de gratitud, de respeto y de tristeza.

Doña Juana abismada hasta entonces en sus pensamientos del cielo, no habia fijado su atención en el estado de Amelia, pero al escuchar un sollozo de esta, buscó á Horacio con la vista, y fijando en él una mirada en que se revelaba todo su cariño de madre, murmuró con un acento tan elocuente como una súplica.

—¡Mi hija!

—Yo juro en este instante hacerla feliz, respondió él, colocando su mano sobre la cabeza de Amelia, desvanecida aun.

Parecía que el alma de la moribunda solo aguardaba esta promesa, para dejar la tierra y volar al cielo.

Fatigada quizá por tantas emociones se sintió acometida de un trastorno terrible, que la privó algunos instantes de sentido, y como era tan anciana, como se sentía tan acabada, no tuvo fuerzas para rehacerse, y cerró los ojos y se apagó el aliento en sus labios, y aquel corazón que tanto habia amado, dejó de latir para siempre.

Yo la miré con espanto por que lo comprendí todo, y sin fuerzas para tenerme en pié, caí de rodillas murmurando una plegaria por aquel alma que arribaba á las mansiones celestiales.

Horacio también adivinó la verdad, y exclamó con acento empapado en lágrimas.

—Descansa en paz, pobre anciana, que sabré cumplir mi promesa!

Después sacó á Amelia de la estancia, y la condujo á su aposento para evitarle la vista de su madre muerta, en el momento de volver en sí.

Cuando yo alcé la cabeza, me hallé sola junto á aquel cadáver.

¡Ay! este aislamiento me llenó de sombras el alma!

¡Así estoy ahora, así estaré siempre, sola.

Ya ves, hermano mío, que solo tengo en el mundo á Dios.

En los días que se han seguido, he tenido que pedir fuerzas al cielo, he tenido que sobreponerme á mí misma para estar en todo, y cumplir mis deberes hasta el fin.

Este es el primer instante de reposo que tengo, y ya ves que te lo he consagrado.

Horacio y Amelia se han reconciliado al borde de una tumba, y en presencia de Dios! Él les haga dichosos, y sostenga á ella en la senda que emprende.

Estoy fatigada, me siento muy quebrantada y necesito reposo, necesito paz!

A Dios, Fabian, vuelve pronto á mi lado, pues es precisa tu presencia á tu hermana

María.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA MUERTE DE UN ANGEL.

SONETO.

En su madre y su Dios cifra su anhelo;
La virtud por diadema le hermosea;
Vida... encanto... placer... paz le rodea:
Era un ángel de amor... ¡Pobre Consuelo!...

Tiende la parca su enlutado velo,
Arde ante el lecho la amarilla tea,
En los aires el bronce clamorea
Y un alma asciende victoriosa al cielo.

Mas dulce muerte que el vivir augura;
¡No se pierde la vida entre la escoria
De la lóbrega y triste sepultura!

Que es la muerte estandarte de victoria
Que en la tierra su mástil asegura,
E izado el pabellon, flota en la gloria!

P. Fernandez Abril.

ISABEL.

La ciudad de Tobolsk, capital de la Siberia, está situada en las orillas Ystish; por la parte norte rodeada de inmensos bosques, que se extienden hasta el mar Glacial. En este espacio de mil cien verstas se encuentran montañas áridas y pedregosas cubiertas de eterna nieve; llanuras incultas y sin vegetación, en las que los rayos solares del estío no consiguen nunca deshelar la tierra á un pie de profundidad; ríos de triste y melancólico aspecto, cuyas heladas aguas jamás han regado la yerba de una pradera, ni visto abrirse el caliz de una flor. Avanzando mas hacia el polo, los cedros, los tinos y todos los grandes árboles desaparecen; malezas y pequeños abedules son el único adorno de estas miserables comarcas; y por último pantanos cenagosos cubiertos de musgo se presentan como el último esfuerzo de una naturaleza espirante; fuera de esto no se encuentra ni la mas leve señal de vegetación.

Sin embargo, en medio de los horrores de un eterno invierno, la naturaleza presenta todavía espectáculos sublimes en estos climas; son frecuentes las magníficas y magestuosas auroras boreales, que abrazando el horizonte en forma de un arco de colores muy claros, de cuyo centro parten columnas de luz movable, dan á las regiones hiperbóreas espectáculos desconocidos á los pueblos meridionales.

Al Sur de Tobolsk se extiende el círculo de Yschim; landas sembradas de tumbas entrecortadas por lagos de agua salada sirven para separarlos de los Kirgnis, pueblo nómada é idólatra.

Á la izquierda, el Ystish, que después de numerosos rodeos va á perderse en las fronteras de la China, es uno de sus límites; á la derecha es el Tobol.

Las orillas de este río están desnudas y estériles, no presentan á la vista mas que fragmentos de roca amontonados los unos sobre los otros, con los que compiten en altura algunos pinos, al pié de los que está situada en un ángulo del Tobol la ciudad señorial de Saink, distante mas de seiscientas verstas de Tobolsk.

Recorriendo todo el espacio que comprende este círculo, no se encuentra mas que un país

desierto, en que todo es sombrío como su sol y triste como su clima.

A dos ó tres verstas de Sainka, en medio de un bosque pantanoso y lleno de charcos de agua, á la orilla de un lago circular, profundo y rodeado de álamos negros y blancos, habitaba una familia de desterrados. Se componía de tres personas; un hombre de cuarenta y cinco años, su mujer, y su hija, bella, en toda la lozanía de la juventud. Encerrada en este desierto esta familia, con nadie tenía comunicacion; el padre iba solo á la caza, y no se llegaba nunca á Saimka; nadie habia visto á su mujer y á su hij; á excepcion de una pobre paisana tártara que les servia, á ningun sér humano le era permitido entrar en su cabaña. Nadie sabía su patria, ni su nacimiento, ni la causa de su destierro: el solo poseedor de este secreto era el gobernador de Tobolsk el cual lo habia confiado á uno de sus lugartenientes establecido en Saimka; poniendo á estos desterrados bajo su vigilancia. le habia recomendado suministrarles un alojamiento cómodo, jardinillo, comida y vestidos, pero mandándole que impidiese que se comunicasen con el exterior, y especialmente que interceptase severamente todas las cartas que se atreviesen á dirigir á la corte de Rusia. Tantos miramientos por un lado y tanto rigor y misterio por otro, daban lugar á sospechar que el sencillo nombre de Pedro Spiger que se daba el desterrado, ocultaba uno mas ilustre, una desgracia ruinosa, quizá un gran crimen ó una gran injusticia; habiendo sido vanas é infructuosas todas las pesquisas que se hicieron en el pais para penetrar este misterio, se extinguió bien pronto la curiosidad y el interés.

Cesaron de ocuparse de estos desgraciados á quienes no se veia, y aun concluyeron por olvidarlos del todo; únicamente cuando algunos cazadores se esparcian por los bosques y llegaban hasta las orillas del lago y preguntaban por los habitantes de esta capital, se les respondia: son desgraciados.

Entonces no preguntaban mas y se separaban conmovidos diciendo en el fondo de su carazon: ¡Quiera Dios que vuelvan algun dia á su patria! Pedro Soimger habia construido por sí su casa: era de madera de Pino, y estaba cubierta con paja; masas de roca la garantizaban de las ráfagas del viento norte, y de las inundaciones del lago.

(Continuará.)

M. C.

VARIEDADES.

HIGIENE DE LOS NIÑOS.

El periódico *La Jeune Mere* publica unas instrucciones muy juiciosas sobre la manera de vestir á los niños pequeños durante los grandes calores del verano, y en general sobre las reglas que las madres deben observar en la educacion de sus hijos.

Estas reglas conciernen á los vestidos, al paseo á los viajes, al sueño y al régimen alimenticio. Vamos á enumerar las principales.

Durante el verano, los niños deben llevar las menores ropas posibles, muy cortos los cabellos y sombrero de paja ligera y alas anchas, para preservarlos de la accion directa del sol.

Esto es muy importante, y por desgracia, no se observa como es debido. Si estas reglas se observaran, no se verian entonces tantos niños como hoy vemos enfermos, sin padecer otro mal que los continuos sudores que les debilitan y que les producen á veces accidentes gravísimos. Algunos padres consideran estos sudores como signo de debilidad, y envuelven á sus hijos en franela, cometiendo de esta suerte una nueva falta.

Cuando hace calor no deben salir los niños en pleno dia, como no sea á un parque ó jardin bien sombreado. Se les debe llevar á paseo antes de las diez y por la tarde á eso de las seis.

Como nada debe despreciarse en esta clase de asuntos, creemos oportuno reproducir los consejos siguientes, fáciles de seguir y que conciernen á la mala costumbre, harto generalizada, de hacer beber sin tasa á los niños en cuanto la temperatura comienza á elevarse.

Cuando hace calor los niños deben beber muy poco. La bebida mas propia para ellos durante el verano, aun para los que están en lactancia, á fin de prevenir la diarrea ó para combatirla si se ha presentado, es agua de callria, cuya preparacion vamos á exponer.

Se toma un embudo de cristal ó de hoja de lata, aunque es preferible que sea cristal, y se le tapa tan herméticamente como sea posible con huata apilada en el cuello. En el embudo se pone una cucharada de buen café molido, pero algo grueso, y se vierte por encima un vaso de agua fria. El agua pasa lentamente á través de la huata, impregnándose de los principios aromáticos y astringentes del café, sin impregnarse por eso de sus principios empireumáticos. Cuando la huata no está bastante comprimida en el cuello del embudo, hay que pasar entonces otra vez el agua á través del café.

El líquido así obtenido, se azucarará ligeramente y se dá á los niños bien frio y en pequeña cantidad, constituyendo así una bebida excelente, tónica y astringente que les apaga la sed por completo.

A los niños que lactan se les dá una ó dos cucharadas, del tamaño de las de café, cada media hora. A los que son un poco mayores se les dá una cucharada de las de sopa. A los de mas edad se les puede dar una tacita de café.

Esta bebida tiene la ventaja superior de poder prepararse instantáneamente á cualquier hora y en cualquier lugar.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(Continuacion.)

Es tan difícil penetrar el misterio de una existencia, estan imposible levantar el velo en que se envuelve una familia desgraciada! Ah! Julian, el que á ciencia cierta trata de pasar, entregándola á otro, una moneda falsa, comete un robo, créame V., y un robo bien cobarde por cierto, pues es llevado á cabo con la mayor sangre fria y la mas culpable impunidad.

—Yo.... como otros lo hacen, pensé....

—¡Otros, otros! esta es la palabra con que muchos disculpan sus faltas, pero ¿por que no arreglan su conducta por este axioma que es mas infalible? «No hagas con tu hermano lo que no quisieras que el hiciera contigo.» Desengáñase V., amigo mio, el dar una moneda falsa es una estafa, un hurto, y ninguna persona honrada debe hacerlo, por que en ello mancha su conciencia. Y si no, piénselo V. bien. ¿Que entrega V. por este medio? que vale lo que ofrece, en cambio del objeto que adquiere ó del trabajo que remunera? Nada, una cosa inútil, menos aun, un germen de querrelas ó cuestiones, trascendentales muchas veces. Miles de personas creen esto una cosa admitida, casi justa: dicen, como V. acaba de hacerlo. «Si me han engañado es preciso que yo engañe.» No, y cien veces no! no es responsable el infeliz á quien se burla de una falta de cuidado, de una ineptitud que puede evitarse; piénselo V. bien, examine su conciencia, y su conciencia le dirá que hace un mal grave el que esto ejecuta.

—Pues yo digo que la señora tiene razon! exclamó José tomando parte en la cuestion. Si V., supiera, señor Julian, lo que me pasó hace algunos años, antes de colocarme en casa de la señora Marquesa!

—Que fué? preguntó la anciana, que no desperdiciaba medio de convencer á sus amigos con el ejemplo práctico, de las buenas máximas que enseñaba.

—Oh! muy sencillo. Yo tenia á mi madre, muy mala, el médico la habia mandado una bebida, diciendo que aquello era el ultimo recurso que tenia para salvarla. Era sábado; y yo habia trabajado toda la semana en la heredad de un señor, que me prometió algun aumento de jornal si cumplia bien y me estimulaba para complacerlo. No puede V. E. pensar lo que me afané y las horas que robé al descanso para concluir la faena que á mi me tocaba. Llegó la noche y cual fué mi alegría al recibir de su mano una moneda de cinco duros en pago de mis servicios: la verdad es que nunca me habia visto con tanto dinero, y ganado por mí en una sola semana. Volví, loco de alegría, á casa llevando mi oro, y se lo enseñé á mi madre que no quedó menos admirado de la generosidad de aquel señor.

Es verdad que yo habia trabajado á toda ley, que habia regado la tierra con mi sudor, y hecho esfuerzos in-

menos para cumplir bien, pero el pago era completo...

Mi primer pensamiento fué mi madre. Yo no tenia entonces muger ni hija, y todo mi afán era ella. Es verdad que una madre vale tanto!

Los ojos de José se humedecieron con este recuerdo, el mas santo quizá que puede abrigar el corazon del hombre, y tuvo que hacer un momento de pausa para continuar despues.

—Cuando me encontré poseedor de aquel dinero, mi alegría fué mayor, pues le conceptuaba la salvacion de aquella anciana venerable. Con él podia comprar a quella medicina en que tanta fé tenia el buen médico que la asistía, y que era á la verdad casi pobre, pues si no, estoy seguro que él nos la hubiera proporcionado, por que tenia un gran corazon.

Comuniqué á mi madre mis deseos y mis esperanzas, y entonces ella se abrazó á mi cuello y lloró conmigo, manifestándome al par sus temores y sus agonías. La infeliz habia sufrido mucho, pero por no afligirme me ocultaba parte de su mal. Ya se vé! ella sabia mi falta de recursos, y aunque se sentia morir callaba y no se quejaba nunca. Pobrecilla! ¿á qué se habia de quejar si su pobre hijo era impotente para curarla?

En aquella noche todo me lo dijo, porque ya veia el remedio próximo.

No puede V. E. figurarse con que afán me repetía:

—Si, hijo mio, si: vé mañana á la ciudad y traeme ese medicamento; así me pondré buena y podré estar á tu lado algun tiempo aun, tenia mucho miedo á morirme, por que la muerte me iba á separar de tí!

Toda la noche la pasamos hablando de este modo, llenos de esperanza y afán.

Cuando el alba rompió, me levanté, tomé la receta del médico y la moneda de cinco duros, y salí del pueblo andando en poco tiempo las cuatro leguas que me separaban de la ciudad.

¡Los minutos se me hacian siglos! tanto anhelaba volver!

Llegué por fin, entré en la botica, presenté el papel y instante me hicieron la droga.

El boticario tomó la receta, la examinó detenidamente, y luego me dijo:

—¿Sabe V. que esto es caro?

—Si señor, contesté, pero hágala V. pronto que yo pagaré lo que sea.

Nada replicó, viendo mi resolucion, y empezó á confeccionar la medicina que tardó media hora en estar terminada.

—Tome V., me dijo al fin, poniéndola en un frasco que me entregó, tome V., ya está todo.

Yo sin pronunciar una palabra, saqué mi moneda y la puse en sus manos. no atreviéndome á soltarla sobre el mostrador siquiera.

Aquel hombre me miró con sorpresa. El oro es sospechoso siempre en las manos de un pobre!

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilches.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.